

V

Cosette después de la carta.

Durante esta lectura, Cosette iba poniéndose pensativa poco á poco.

En el instante en que levantó los ojos de la última línea del cuaderno, el lindo oficial pasó triunfante por delante de la verja.

Cosette lo encontró repugante.

Volvió á fijarse en el cuaderno.

Está escrito, pensaba Cosette, con una letra encantadora; de la misma mano, pero con diversa tinta, ya negra, ya blanquecina como cuando se echa la tinta en el tintero, y por consiguiente en distintos días.

Era, pues, aquello, un pensamiento que se había derramado allí, suspiro á suspiro, irregularmente, sin orden, sin elección, sin objeto, al azar.

Cosette no había leído nunca nada semejante.

Aquel manuscrito en que veía más luz que obscuridad, le causaba el mismo efecto que un santuario entreabierto.

Cada una de sus misteriosas líneas resplandecía á sus ojos, inundaba su corazón de una luz extraña.

La educación que había recibido le había hablado siempre del alma y nunca del amor; así como si se hablase del tizón sin hablar de la llama.

Aquel manuscrito de quince páginas le revelaba suave y repentinamente todo el amor, el destino, la vida, la eternidad, el principio y el fin.

Era como una mano que se hubiese abierto y le hubiese arrojado súbitamente un puñado de rayos.

Descubría en aquellas líneas una naturaleza apasionada, ardiente, generosa, honrada; una voluntad sagrada, un inmenso dolor, y una esperanza inmensa; un corazón oprimido, y un éxtasis manifestado.

¿Y qué era aquel manuscrito? Una carta. Una carta sin señas, sin nombre, sin fecha, sin firma, apremiante y destinteresada, enigma compuesto de verdades; mensaje de amor escrito para ser llevado por un ángel, y leído por una virgen; citada fuera de la tierra; billete amoroso de un fantasma á una sombra.

Era un ausente tranquilo y oprimido, que parecía dispuesto á refugiarse en la muerte, y que enviaba á la ausente el secreto de su destino, la clave de la vida; el amor.

Aquello había sido escrito con los pies en la tumba y el dedo en el cielo.

Aquellas líneas, que habían caído una á una sobre el papel, podrían llamarse gotas del alma.

Pero ¿de quién podían ser aquellas páginas? ¿Quién las había escrito?

Cosette no dudó ni un instante. Sólo un hombre.

¡El!

Habíase iluminado su alma; todo había vuelto á aparecer; sentía una alegría indecible y una angustia profunda.

¡Era él! ¡El, quien escribía! El, que estaba allí! ¡El, que había pasado el brazo á través de la verja! Mientras ella le olvidaba, él la había encontrado.

Pero ¿le había olvidado? ¡No! ¡Nunca!

Era una locura creerlo un solo instante; le había amado y adorado siempre.

El fuego se había cubierto, y había estado oculto algún tiempo; pero ella le veía; no había hecho más que ahondar un poco, y ya brillaba de nuevo y la abrasaba toda entera.

Aquel cuaderno era como una chispa de otra alma caída en la suya.

Sentía renacer el fuego; nuevamente se penetraba de cada palabra de manuscrito:

—¡Ah, sí!—decía.—¡Cómo reconozco todo esto! Es lo que he leído en sus ojos.

Cuando acababa de leer por tercera vez, el teniente Teódulo volvió á pasar delante de la verja haciendo sonar las espuelas, lo que hizo que levantara Cosette los ojos y que le pareciese soso, tonto, necio, vano, fatuo, desagradable, impertinente y feo.

El oficial creyó que debía dirigirle una sonrisa.

Cosette se volvió avergonzada é indignada. De buena gana le hubiera tirado algo á la cabeza.

Marchóse, pues, entró en la casa, y se encerró en su cuarto para volver á leer el manuscrito, para aprendérselo de memoria y para pensar.

Cuando lo hubo leído y releído, le besó y se lo guardó en el corsé.

Era ya un hecho; Cosette había caído en la profundidad del amor seráfico; acababa de abrirse el abismo Edén.

Cosette pasó todo el día sumida en una especie de aturdimiento.

Apenas pensaba; sus ideas estaban en el estado de un ovillo enredado en su cerebro; no acertaba á conjeturar; esperaba al través de su turbación ¿el qué? algo vago.

No se atrevía á prometerse nada, y nada quería desechar; cruzaban su frente sombras pálidas, y temblaba su cuerpo.

Parecíale á veces que penetraba en lo quimérico, y se decía: “¿Es esto real?” Y tentaba el papel querido bajo su vestido, le oprimía contra su corazón, sentía los dobleces sobre su pecho; y si Juan Valjean la hubiera visto en aquel momento, se habría estremecido ante aquella alegría luminosa y desconocida que brotaba de sus ojos.

—¡Oh, sí!—pensaba ella.—¡Es indudablemente él! ¡Esto es de él para mí!

Y creía que una intervención de los ángeles, que una casualidad celestial lo había puesto á su alcance.

¡Oh transfiguraciones del amor! ¡Oh sueños! Aquella casualidad celestial, aquella intervención de los ángeles, era la bolita de pan lanzada de un ladrón á otro ladrón; del patio de Carlomagno á la cueva de los Leones, por encima de los tejados de la Fuerza.



VI

Los viejos están hechos para ser oportunos.

Llegada la noche salió Juan Valjean, y Cosette se vistió.

Peinóse del modo que le sentaba mejor, y se puso un vestido, cuyo cuerpo había recibido una tijeretada más, y descubría por la escotadura el nacimiento del cuello; era, como dicen las jóvenes, "algo inocente".

No lo era en realidad, ni en grado mínimo, pero era más bonito que otro.

¡Se vistió de aquel modo sin saber por qué!

¿Quería salir? No.

¿Esperaba alguna visita? Tampoco.

Al anochecer bajó al jardín. La tía Santos estaba ocupada en la cocina, que daba al patio de detrás.

Empezó á pasear bajo los árboles, separando las ramas de cuando en cuando con la mano, porque las había muy bajas.

Así llegó al banco. Allí estaba todavía la piedra.

Sentóse, y dejó caer su blanca mano sobre la piedra, como si quisiese acariciarla y manifestarle agradecimiento.

De pronto sintió esa impresión indefinible que experimentamos aún sin ver, cuando está detrás de nosotros alguien de pie.

Volvió la cabeza, y se levantó. Era él.

Tenía la cabeza descubierta; parecía pálido y flaco; apenas se distinguía su traje negro.

El crepúsculo blanqueaba su hermosa frente, y cubría sus ojos de tinieblas.

Tenía algo propio de la muerte y de la noche, bajo un velo de incomparable dulzura.

Su rostro aparecía iluminado por la claridad del día que muere, y por el pensamiento de un alma que se va.

Parecía que no era aún fantasma; pero que no era ya hombre.

Su sombrero estaba caído á algunos pasos entre la yerba.

Cosette, próxima á desfallecer, no dió ni un grito.

Retrocedió lentamente, porque se sentía atraída.

El no se movió. Cosette sentía la mirada de sus ojos, que no podía distinguir entre el velo inefable y triste que le rodeaba.

Cosette, al retroceder, encontró un árbol y se apoyó en él; sin que aquel árbol, hubiera caído al suelo.

Entonces oyó su voz, aquella voz que realmente no había oído nunca, y que apenas sobresalía del susurro de las hojas, y que murmuraba:

—Perdonadme aquí estoy. Tengo el corazón henchido; no podía vivir como estaba, y he venido. ¿Habéis leído lo que he puesto en ese banco? ¿Me conocéis? No tengáis miedo de mí. ¿Os acordáis de aquel día, hace ya mucho tiempo, en que me mirásteis? Fué en el Luxemburgo, junto al Gladiador. ¿Y del día que pasásteis cerca de mí? El 16 de Junio y el 2 de Julio, hace cerca de un año. ¿Cuánto tiempo he pasado sin veros!

“He preguntado á la alquiladora de sillas, y me ha dicho que ya no os veía. Vivíais en la calle del Oeste en un tercer piso de una casa nueva; ya véis que lo sé. Yo os seguía. ¿Qué había de hacer? Después desaparecísteis. Creí veros pasar una vez cuando estaba yo leyendo los periódicos bajo los arcos del Odeon, y corrí; pero no, era una joven que llevaba un sombrero como el vuestro.

“Por la noche vengo aquí. No temáis, nadie me ve; vengo á mirar de cerca vuestras ventanas. Ando muy quedo para que no lo oigáis, porque podríais tener miedo. La otra noche estaba detrás vuestro; os volvísteis y huí. Una vez os oí cantar, y fuí dichoso. ¿Os incomoda que os oiga cantar á través de las persianas? Esto no os molesta, ¿verdad?

“Ya lo véis, sois mi ángel; dejadme venir; creo que me voy á morir. ¡Si supiérais! ¡Os adoro! Perdonadme; os hablo, y no sé lo que os digo. Os incomoda tal vez. ¿Es verdad que os incomoda?

—¡Oh, madre mía!—dijo Cosette.

Y se dobló sobre sí misma como si se muriera.

El la cogió; ella desfallecía. Tomóla en sus brazos, la apretó estrechamente sin tener conciencia de lo que hacía, y la sostuvo vacilante.

Estaba como si tuviese la cabeza llena de humo; veía pasar relámpagos ante

sus ojos; sus ideas se desvanecían; le parecía que realizaba un acto religioso, y que cometía una profanación.

Por lo demás, no experimentaba el menor deseo hacia aquella mujer seductora, cuyas formas sentía sobre su pecho.

Estaba perdido de amor.

Le tomó una mano y se la puso sobre el corazón.

Sintió el papel que tenía allí, y balbuceó:

—¿Me amábais, pues?

Cosette respondió en una voz tan baja, que no era sino un suspiro casi imperceptible:

—¡Cállate; ya lo sabes!

Y ocultó su frente ruborizada en el pecho del joven altivo y embriagado.

Cayó él sobre el banco, y ella á su lado.

No tenían ya palabras.

Las estrellas empezaban á brillar.

¿Cómo fué que sus labios se encontraron?

¿Cómo es que el pájaro canta, que la nieve se funde, que la rosa se abre, que Mayo extiende su fragancia, que el alba blanquea detrás de las negras arboledas en la cumbre ondulante de las colinas?

Un beso; esto fué todo.

Los dos se estremecieron, y se miraron en la sombra con ojos deslumbradores.

No sentían ni el frío de la noche, ni la frialdad de la piedra, ni la humedad de la tierra, ni la yerba mojada. Se miraban, y tenían el corazón lleno de pensamientos.

Se habían cogido las manos sin saberlo.

Ella no le preguntaba nada; no pensaba ni aún por dónde había entrado, y cómo había penetrado en el jardín.

¡Le parecía ya tan sencillo que estuviese allí!

De cuando en cuando la rodilla de Mario tocaba la rodilla de Cosette, y ambos se estremecían.

Por intervalos, Cosette tartamudeaba alguna palabra vaga.

Su alma temblaba en sus labios como una gota de rocío en una flor.

Poco á poco se hablaron.

La expansión sucedió al silencio, que es la plenitud.

La noche brillaba serena y espléndida sobre sus cabezas.

Aquellos dos seres puros como dos espíritus, se lo dijeron todo; sus sueños, sus felicidades, sus éxtasis, sus quimeras, sus desfallecimientos; como se habían adorado de lejos, como se habían deseado, y su desesperación cuando habían dejado de verse.

Se confiaron en una intimidad ideal, que nada podía aumentar lo que tenían más oculto y misterioso.

Se contaron con una fe cándida en sus ilusiones todo lo que el amor, la juventud y el resto de la infancia que había en ellos les hacía pensar.

Aquellos dos corazones se derramaron uno en otro, de modo que al cabo de una hora, él poseía el alma de ella y ella el alma de él.

Se penetraron, se encantaron, se deslumbraron.

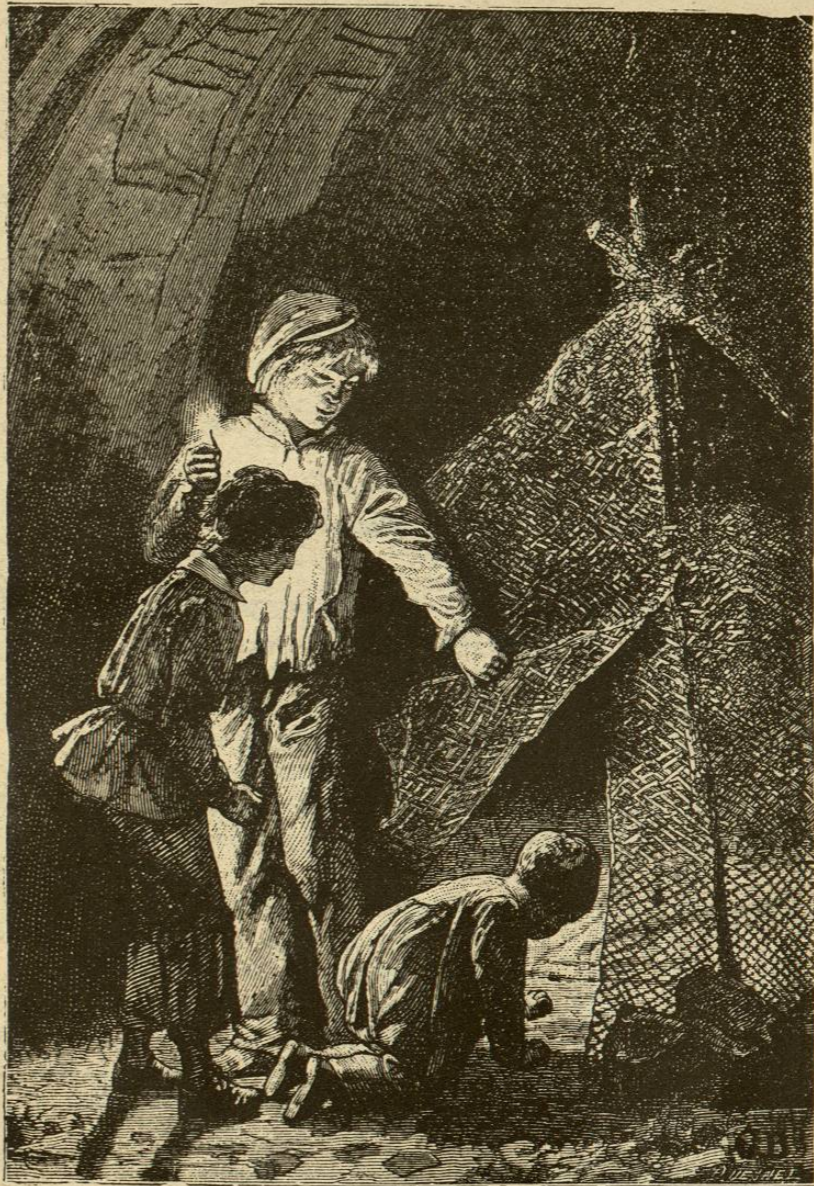
Cuando acabaron, cuando se lo hubieron dicho todo, ella reposó su cabeza en el hombro de Mario, y le preguntó:

—¿Cómo os llamáis?

—Me llamo Mario,—dijo él.—¿Y vos?

Yo me llamé Cosette.

Como se ve, cuando se preguntan los nombres de los niños, se les llama por el nombre de su padre y se pregunta: —¿Cómo se llama? —Este niño se llama —dice él— Y así. Yo me llamo Gavroche.



El niño Gavroche.